



Obra. Ciudad Dragón. 2016. Dir. Christian Ballesteros

Dramaturgia III

El Guardagujas

Ariadna Sanjuan Mateus¹

Resumen

Un forastero quiere viajar a un lugar desconocido. T, su destino. Con la terquedad de la meta incierta de donde no se sabe nada, donde el presente es ilusión, y el boleto la única constancia del viaje. El forastero diluye su conciencia entre preguntas al viejo guardagujas. Heredero de Caronte. Guía o fantasma, que lo previene del trayecto plagado de absurdos burocráticos de una empresa ferroviaria. Y un camino, que no garantiza con seguridad un punto de llegada.

Palabras clave

Adaptación, ferrocarril, forastero, burocracia.

¹ Curiosa por aquella capa de neblina que contiene historias y verdades que atrapan las artes y el poder de la palabra que yace en los recovecos... Escultora de ramas que florecen, marchitan y/o mueren... Buscadora de nuevos lenguajes que puedan expresar diferentes sentires y pensares...



Ejercicio final de la asignatura Adaptación dramática del proyecto curricular de Artes Escénicas, énfasis Dirección. Facultad de Artes ASAB. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Bogotá, Colombia 2018.

Personajes:

El Forastero

El Viejo

Prólogo

Cuadro único. Sonido de ecos de un tren, el cual nunca se ve. Ocaso. De algún lugar... Sonido de tren en black out. En un desierto, una estación de tren, solitaria, envejecida. El forastero de figura y rostro indefinido arrastra una valija. El forastero llega sin aliento a la estación desierta. Se limpia el rostro con un pañuelo. Mira los rieles que se pierden en el horizonte.

El Forastero: *(Mira el reloj)* La hora exacta en que el tren debería partir. *(Después de unos minutos)* Pasa el tiempo y aun no sucede nada. Qué calor hace aquí.

(El hombre muestra su impaciencia en largos suspiros. Mueve el pie constantemente a manera de tic. Aparece detrás de él un hombre viejo con una linterna roja. Le da una palmada fraternal en la espalda, sonrío amablemente. El forastero no comprende de dónde ha salido. Se queda en pie al lado del forastero mirando el infinito horizonte).

El Forastero: Me asustó.

El Viejo: *(sonríe)* No se angustie.

El Forastero: ¿Quién es usted?

El Viejo: Qué importa quién sea yo.

El Forastero: Si no estuviese usted tan viejo le tendría desconfianza...

El Viejo: Podría acompañarlo este largo tiempo

El Forastero: Me pregunta o me afirma, espere ¿Cómo que... largo?

El Viejo: Soy viejo, pero mi compañía le puede ser útil...

El Forastero: ¿Qué es eso?

El Viejo: ¿Qué?

El Forastero: La luz roja.

El Viejo: Un punto indefinido en el espacio. Rojo vida, rojo muerte. Rojo alerta.

El Forastero: Me resulta usted un poco extraño.

(El Forastero enciende un cigarro. El viejo lee un periódico muy viejo o del futuro).

El Forastero: Disculpe, ¿Ha salido ya el tren?

El Viejo: ¿Lleva poco tiempo en este país?

El Forastero: *(Confundido)* Necesito salir inmediatamente. Debo hallarme en T. mañana mismo.

El Viejo: Se ve que usted ignora las cosas por completo. Lo que debe hacer ahora mismo es buscar alojamiento en el hotel de enfrente para viajeros.

El Forastero: Pero yo no quiero alojarme, sino salir en el tren.

El Viejo: Alquile usted un cuarto inmediatamente, si es que lo hay. En caso de que pueda conseguirlo, contrátele por mes, le resultará más barato y recibirá mejor atención.

El Forastero: ¿Está usted loco? Yo debo llegar a T. mañana mismo.

(El viejo responde a ello esbozando una sonrisa. El forastero camina de lado a lado, finalmente se sienta y adopta una postura de resignación).

El Viejo: Este país es famoso por sus ferrocarriles

El Forastero: *(Malhumorado)* ¿Por lo viejas, lo retiradas o lo demoradas?

El Viejo: Hasta ahora no ha sido posible organizarlos debidamente, pero se han hecho grandes cosas en lo que se refiere a la publicación de itinerarios y a la expedición de boletos. *(Saca un mapa gigante del tramo de las rutas ferroviarias)* Las guías ferroviarias abarcan y enlazan todas las poblaciones de la nación; se expenden boletos hasta para las aldeas más pequeñas y remotas.

El Forastero: ¿Son esas las rutas que tienen rumbo sin punto de partida o llegada determinado? *(el viejo asiente con la cabeza)*

El Viejo: Falta solamente que los convoyes cumplan las indicaciones contenidas en las guías y que pasen efectivamente por las estaciones.

El Forastero: Pero, ¿Hay un tren que pasa por esta ciudad?

El Viejo: Afirmarlo equivaldría a cometer una inexactitud *(dobla el mapa ágilmente)*

El Forastero: No comprendo.

El Viejo: Como usted puede darse cuenta, los rieles existen, aunque un tanto averiados. En algunas poblaciones están sencillamente indicados en el suelo mediante dos rayas.

El Forastero: ¿Me está usted tomando del pelo? ¿Cómo que averiados o con rayas en el suelo? Yo compré un boleto y por eso tiene que pasar el tren por aquí, ¿No?

El Viejo: Dadas las condiciones actuales, ningún tren tiene la obligación de pasar por aquí, pero nada impide que eso pueda suceder.

El Forastero: *(Retador)* Ya verá que pronto pasará el tren y lo abordaré.

El Viejo: Yo he visto pasar muchos trenes en mi vida. Conocí algunos viajeros que pudieron abordarlos. Así como tiempo en que no pasa uno solo.

El Forastero: *(Desconcertado)* Toda esta tontería terminará pronto.

El Viejo: Si usted espera convenientemente, tal vez yo mismo tenga el honor de ayudarle a subir a un hermoso y confortable vagón.

El Forastero: *(exhausto, se sienta en su valija)* ¿Me llevará ese tren a T.?

El Viejo: ¿Y por qué se empeña usted en que ha de ser precisamente a T.? Debería darse por satisfecho si pudiera abordarlo.

El Forastero: ¿A qué se refiere?

El Viejo: Una vez en el tren, su vida tomará efectivamente un rumbo. ¿Qué importa si ese rumbo no es el de T.?

El Forastero: *(Buscando desesperadamente el boleto)*
Es que yo tengo un boleto en regla para ir a T.
Lógicamente, debo ser conducido a ese lugar, ¿No es así?

El Viejo: Cualquiera diría que usted tiene razón. En el hotel para viajeros podrá usted hablar con personas que han tomado sus precauciones, adquiriendo grandes cantidades de boletos.

El Forastero: ¿Ellos también están esperando el tren para ir a T?

El Viejo: Están esperando el tren... Compran pasajes para todos los puntos del país. Hay quien ha gastado en boletos una verdadera fortuna...

(El forastero va deprisa al hotel, se devuelve por su maleta, pesa mucho. Se queda con el viejo, quien no ha dejado de mirar lo que hace).

El Forastero: Yo creí que para ir a T. me bastaba un boleto. Mire usted...

El Viejo: El próximo tramo de los ferrocarriles nacionales va a ser construido con el dinero de una sola persona que acaba de gastar su inmenso capital en pasajes de ida y vuelta para un trayecto ferroviario, cuyos planos, que incluyen extensos túneles y puentes, ni siquiera han sido aprobados por los ingenieros de la empresa.

El Forastero: *(Confundido)* Pero el tren que pasa por T., ¿ya se encuentra en servicio?

El Viejo: Y no sólo ése. Hay muchísimos trenes en la nación, y los viajeros pueden utilizarlos con relativa frecuencia, tomando en cuenta que no se trata de un servicio formal y definitivo.

El Forastero: ¿Cómo es eso?

El Viejo: En otras palabras, al subir a un tren, nadie espera ser conducido al sitio que desea.

El Forastero: ¿Entonces, es como un viaje a la deriva?

El Viejo: En su afán de servir a los ciudadanos, la empresa debe recurrir a ciertas medidas desesperadas.

El Forastero: ¿Cómo cuáles?

El Viejo: Hace circular trenes por lugares intransitables. Esos convoyes expedicionarios emplean a veces varios años en su trayecto.

El Forastero: Varios años dice usted... ¿Y los pasajeros?

El Viejo: La vida de los viajeros sufre algunas transformaciones importantes. Los fallecimientos no son raros en tales casos

El Forastero: *(aterrado)* ¿Cómo que? ¿Fallecimientos? ¿Se muere la gente ahí?

El Viejo: Mejor que eso. La empresa, que todo lo ha previsto, añade a esos trenes un vagón capilla ardiente y un vagón cementerio.

El Forastero: Qué ánimos los suyos hombre. Qué horror morir en un tren, solo, solo en un tren y que pasen los años. En silencio tanto tiempo, sin ver

alguna cara conocida sin saber a dónde ir o qué hacer, sólo dejarse llevar por la nada. Muertos en vida que deambulan por la vida.

El Viejo: Por el contrario, es motivo de orgullo para los conductores depositar el cadáver de un viajero lujosamente embalsamado en los andenes de la estación que prescribe su boleto.

El Forastero: ¡Qué barbaridad!

El Viejo: La aldea de F. surgió a causa de uno de esos accidentes.

El Forastero: (*intrigado*) Cuénteme más.

El Viejo: El tren fue a dar en un terreno impracticable. Deterioradas por la arena, las ruedas se gastaron hasta los ejes.

El Forastero: ¿Y los viajeros?

El Viejo: Los viajeros pasaron tanto tiempo allí, que de las obligadas conversaciones triviales surgieron amistades y relaciones estrechas.

El Forastero: ¿Cómo es F?

El Viejo: Una aldea progresista llena de niños traviesos que juegan con los vestigios enmohecidos del tren.

El Forastero: ¡Yo no estoy hecho para tales aventuras!

El Viejo: Necesita usted ir templando su ánimo; tal vez llegue usted a convertirse en héroe.

El Forastero: No lo creo.

El Viejo: No crea que faltan ocasiones para que los viajeros demuestren su valor y sus capacidades de sacrificio.

El Forastero: No sería mi caso.

El Viejo: En un viaje de prueba, el maquinista advirtió a tiempo una grave omisión de los constructores de la línea. En la ruta faltaba un puente que salvaba del abismo...

El Forastero: Se detuvo el tren, no me diga que...

El Viejo: El maquinista, en vez de poner marcha atrás, arengó a los pasajeros y obtuvo de ellos el esfuerzo necesario para seguir adelante.

El Forastero: Cruzaron, ¿es lo que me intenta decir?

El Viejo: Bajo su enérgica dirección, el tren fue desarmado pieza por pieza y conducido en hombros al otro lado del abismo, incluso atravesaron un río caudaloso.

El Forastero: (*Ríe*) No me diga que cruzaron y ahora todos son felices. De seguro después de eso construyeron el puente.

El Viejo: El resultado de la hazaña fue tan satisfactorio que la empresa renunció definitivamente a la construcción del puente, conformándose con hacer un atractivo descuento en las tarifas de los pasajeros que se atreven a afrontar esa molestia.

El Forastero: ¡Esto no es posible, yo debo llegar a T. mañana mismo!

El Viejo: ¡Muy bien! Me gusta que no abandone usted su proyecto. Se ve que es usted un hombre de

convicciones. Alójese por lo pronto en el hotel y tome el primer tren que pase. (*Advirtiendo*) Trate de hacerlo cuanto antes.

El Forastero: ¿Después de una larga espera, también tengo que salir corriendo al tren?

El Viejo: Mil personas estarán para impedirselo. Al llegar un convoy, los viajeros, irritados por una espera demasiado larga, salen del hotel en tumulto para invadir ruidosamente la estación.

El Forastero: (*Irritado*) ¿No hay quien controle y organice a los viajeros? ¡Qué descaro!

El Viejo: Muchas veces provocan accidentes con su increíble falta de cortesía y de prudencia. En vez de subir ordenadamente se dedican a aplastarse unos a otros; por lo menos, se impiden para siempre el abordaje, y el tren se va dejándolos amotinados en los andenes de la estación.

El Forastero: Tanto esperar para arruinarlo todo, qué absurdo.

El Viejo: Los viajeros, agotados y furiosos, maldicen su falta de educación, y pasan mucho tiempo insultándose y dándose de golpes.

El Forastero: Sería mejor pensar juntos, como equipo y encontrar una solución...

El Viejo: Ya ve usted cómo es el entendimiento entre el ser humano.

El Forastero: ¿Ya que no se pueden entender entre ellos, hay una figura de poder que los controle?

El Viejo: La policía.

El Forastero: ¿Y no intervienen?

El Viejo: Se ha intentado organizar un cuerpo de policía en cada estación, pero la imprevisible llegada de los trenes hacía tal servicio inútil y sumamente costoso.

El Forastero: ¿Llegó a funcionar, eran respetados?

El Viejo: Los miembros de ese cuerpo demostraron muy pronto su venalidad, dedicándose a proteger la salida exclusiva de pasajeros adinerados que les daban a cambio de esa ayuda todo lo que llevaban encima.

El Forastero: Siempre que hay poder no se ejerce la igualdad

El Viejo: Se resolvió crear el establecimiento de un tipo especial de escuelas, donde los futuros viajeros reciben lecciones de urbanidad y un entrenamiento adecuado.

El Forastero: ¿Qué les enseñan?

El Viejo: La manera correcta de abordar un convoy, aunque esté en movimiento y a gran velocidad. También se les proporciona una especie de armadura para evitar que los demás pasajeros les rompan las costillas.

El Forastero: Funciona mejor, es más consecuente crear escuelas que ejercer la figura de poder, bueno, depende los intereses de quien las cree y a quien van dirigidas. Pero una vez en el tren, ¿está uno a cubierto de nuevas contingencias?

El Viejo: Relativamente. Sólo le recomiendo que se fije muy bien en las estaciones. Podría darse el caso de que creyera haber llegado a T., y sólo fuese una ilusión.

El Forastero: ¿Un engaño, una cortina de humo, un velo instaurado y malintencionado?

El Viejo: Para regular la vida a bordo de los vagones demasiado repletos, la empresa se ve obligada a echar mano de ciertos expedientes. Hay estaciones que son apariencia: han sido construidas en la selva y llevan el nombre de alguna ciudad importante.

El Forastero: ¿Cómo sabré que es un engaño?

El Viejo: Basta poner un poco de atención para descubrirlo. Son como las decoraciones del teatro, y las personas que figuran en ellas están llenas de aserrín.

El Forastero: ¿Qué quiere usted decir?

El Viejo: Las personas revelan fácilmente los estragos de la intemperie, son a veces una perfecta imagen de la realidad: llevan en el rostro las señales de un cansancio infinito.

El Forastero: Por fortuna, T. no se halla muy lejos de aquí.

El Viejo: Carecemos por el momento de trenes directos. Generalmente hay que hacer paradas inesperadas y conocer otros lugares.

El Forastero: Todo esto me resulta extraño, sólo necesito un tren directo a T.

El Viejo: Lo importante no es llegar a T, disfrute usted de los otros rumbos del tren.

El Forastero: Quizás no llegue nunca a T.

El Viejo: No debe excluirse la posibilidad de que usted llegue mañana mismo, tal como desea. La organización de los ferrocarriles, aunque deficiente, no excluye la posibilidad de un viaje sin escalas. Hay personas que ni siquiera se han dado cuenta de lo que pasa.

El Forastero: ¿Llegan a su destino y sin darse cuenta la travesía que han vivido?

El Viejo: Compran un boleto para ir a T. Viene un tren, suben, y al día siguiente oyen que el conductor anuncia: "Hemos llegado a T.". Sin tomar precaución alguna, los viajeros descienden y se hallan en T.

El Forastero: ¿Podría yo hacer alguna cosa para facilitar ese resultado?

El Viejo: Claro que puede usted. Lo que no se sabe es si le servirá de algo. Inténtelo de todas maneras. Suba al tren con la idea fija de que va a llegar a T.

El Forastero: Pensar en T obstinadamente me puede alejar de lo que está sucediendo en realidad. Podré entablar una relación con algún pasajero para no distraerme.

El Viejo: No trate a ninguno de los pasajeros. Podrán desilusionarlo con sus historias de viaje, y hasta denunciarlo a las autoridades.

El Forastero: ¿Qué está usted diciendo?

El Viejo: En virtud del estado actual de las cosas los trenes viajan llenos de espías.

El Forastero: ¿Cómo que espías, para qué?

El Viejo: Estos espías, voluntarios en su mayor parte, dedican su vida a fomentar el espíritu constructivo de la empresa. A veces uno no sabe lo que dice y habla sólo por hablar. Pero ellos se dan cuenta enseguida de todos los sentidos que puede tener una frase, por sencilla que sea.

El Forastero: ¿Qué tan grave puede ser si digo un disparate?

El Viejo: Del comentario más inocente saben sacar una opinión culpable. Si usted llegara a cometer la menor imprudencia, sería aprehendido sin más, pasaría el resto de su vida en un vagón cárcel o le obligarían a descender en una falsa estación perdida en la selva.

El Forastero: Este viaje, esta vida, este tren, lo que sea que es, comienza a ser temerosa

El Viejo: Viaje usted lleno de fe, consuma la menor cantidad posible de alimentos y no ponga los pies en el andén antes de que vea en T. alguna cara conocida.

El Forastero: Pero yo no conozco en T. a ninguna persona.

El Viejo: En ese caso redoble usted sus precauciones. Tendrá, muchas tentaciones en el camino. Mire usted por las ventanas y estará expuesto a caer en un espejismo.

El Forastero: Quedarse en la ventana es como desperdiciar el tiempo, perderse, aislarse indefinidamente, es como estar y no estar a la vez.

El Viejo: Las ventanillas están provistas de ingeniosos dispositivos que crean toda clase de ilusiones en el ánimo de los pasajeros. No hace falta ser débil para caer en ellas.

El Forastero: ¿Cómo logran engañar a los viajeros?

El Viejo: Ciertos aparatos, operados desde la locomotora, hacen creer, por el ruido y los movimientos, que el tren está en marcha. Sin embargo, el tren permanece detenido semanas mientras los viajeros ven pasar cautivadores paisajes a través de los cristales.

El Forastero: ¿Y eso qué objeto tiene?

El Viejo: Todo esto lo hace la empresa con el propósito de disminuir la ansiedad de los viajeros y anular las sensaciones de traslado y que así no desperdicien el tiempo pensando.

El Forastero: No quisiera nunca encajar, estar ahí es enterrarse vivo. ¿Y todo eso para qué?

El Viejo: Se aspira a que un día se entreguen plenamente al azar, en manos de una empresa omnipotente, y que ya no les importe saber adónde van ni de dónde vienen.

El Forastero: ¿La gente puede vivir así?

El Viejo: El tren abandona a los pasajeros que caen en la trampa, los cuales se establecen allí y crean nuevas colonias, sin importar en qué condiciones. Sus voces no se vuelven a oír más, sólo llantos a lo lejos de vez en cuando.

El Forastero: Y usted, ¿ha viajado mucho en los trenes?

El Viejo: Solo soy el guardagujas. Aparezco de vez en cuando para recordar los buenos tiempos. Los viajeros me cuentan historias. A veces los tripulantes de un tren reciben órdenes misteriosas. Invitan a los pasajeros a que desciendan de los vagones, con el pretexto de que admiren las bellezas de un lugar. Se les habla de grutas, de cataratas o de ruinas célebres: “Quince minutos para que admiren ustedes la gruta tal o cual”, dice amablemente el conductor. Una vez que los viajeros se hallan a cierta distancia, el tren escapa a todo vapor.

El Forastero: ¿Y los viajeros?

(En ese momento el viejo se empieza a disolver. El punto rojo de la linterna sigue corriendo y saltando entre los rieles, al encuentro del tren. La voz se va alejando).

El Viejo: Vagan desconcertados de un sitio a otro durante algún tiempo, acaban por congregarse y se establecen en colonia. Estas paradas intempestivas se hacen en lugares adecuados, muy lejos de toda civilización y con riquezas naturales suficientes. ¿No le gustaría a usted pasar sus últimos días en un pintoresco lugar desconocido?

El Forastero: *(Sonido lejano de tren)* ¿Es el tren?

El Viejo: ¡Tiene usted suerte! Mañana llegará a su destino. ¿Cómo se llama?

El Forastero: ¡X!

Sonido de un tren que se aproxima. Perplejo el forastero mira el tren.

FIN

